

Encuesta a lingüistas

Docentes e investigadores responden sobre la relación entre lingüística y literatura

Revista Luthor

Les preguntamos a Nicolás Bermúdez (Análisis del discurso y Semiótica), Laura Kornfeld (Gramática y Lingüística formal), Alejandro Raiter (Sociolingüística y Psicolingüística) y Andrés Saab (Gramática y Semántica y pragmática) sobre cinco aspectos relativos a los vínculos (o la falta de) entre estudios literarios y lingüísticos. Todos ellos son (o fueron hasta hace poco) docentes e investigadores de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires y en otras instituciones científicas y académicas.

Hoy los estudios lingüísticos y los literarios parecen estar bastante distanciados y son pocos los cruces explícitos entre los marcos teóricos de las diferentes áreas de la lingüística y los que predominan en los estudios literarios. ¿Por qué pensás que se produce este distanciamiento? ¿Cómo ves esa situación hoy en comparación a cuando empezaste tus estudios?

Nicolás Bermúdez [NB]: Lo primero que hay que decir es que la pregunta utiliza dos expresiones —estudios lingüísticos, estudios literarios— que fatalmente diluyen la complejidad y la historia de cada uno de esos campos. Hecho este *disclaimer*, coincido parcialmente con la situación general que describe la pregunta, y me permitiría agregar: hoy incluso las distintas disciplinas dentro de las ciencias del lenguaje parecen estar bastante distanciadas entre sí, fuertemente atomizadas. Supongo que el escenario no debe ser muy diferente en el terreno de los estudios literarios. Señalo solo dos de las causas —las más evidentes por otro lado— que generaron esta situación. En principio, hay que mencionar el proceso histórico de segregación e hiperespecialización de

las disciplinas científicas. Esta ramificación se encuentra a su vez está atravesada, con distintos efectos, por el funcionamiento de la educación superior; con cómo se enseña e investiga en instituciones que tienen tradiciones, operatoria y temporalidades propias que definen su organización y sus prácticas. Además, estas series, la epistemológica y la institucional, no presentan el mismo comportamiento en los países centrales y en los periféricos, que reproducen o refractan los modelos de investigación y docencia de distinta manera (por ejemplo, en varios países de Latinoamérica, estudios literarios y lingüísticos constituyen carreras separadas, y solo comparten unos pocos segmentos de su oferta curricular).

Cuando era estudiante —¡más de veinte años atrás!— todavía se mencionaba en las clases de la orientación en teoría literaria a las figuras legendarias de la filología nacional, como Ana María Barrenechea, aunque ya no estuvieran produciendo o enseñando, pero casi nunca la nostalgia por estos investigadores connotaba una nostalgia por la pérdida de una organización disciplinar. Del mismo modo, como todavía en ese entonces llegaban a la carrera algunas olas del auge del estructuralismo, se hacía referencia al programa barthesiano de sistematizar los estudios de textos literarios —junto con otras unidades significantes no necesariamente verbales— en el marco de una semiología ampliada o translingüística.

Creo que tanto entonces como hoy la discusión en torno a la distancia entre estudios literarios y lingüísticos está muy focalizada. Puede ser una problemática con cierta relevancia en las didácticas, en materias de lingüística que tengan enfoques históricos o discursivos, en asignaturas

de teoría literaria que enseñen, por ejemplo, estilística; también, por supuesto, puede tener un lugar más relevante en la orientación en Literatura Española o en la de Letras Clásicas. Ahora bien, al menos desde mi posición en la carrera, no percibo un intercambio espontáneo y generalizado sobre este tema. La última oportunidad para que este debate tuviera un lugar en la UBA fue en el marco de las distintas discusiones para la reforma del plan de estudios de la carrera de Letras, que databa de 1985. Durante los aproximadamente ocho años que duró el proceso, que se cerró en 2023, no faltaron entre los actores que participaron argumentos o bien para aumentar o bien para estrechar la distancia entre estudios literarios y lingüísticos. Pude escuchar un arco de propuestas que iban desde habilitar una nueva orientación en filología hasta crear carreras separadas con cada una de las orientaciones, aprovechando la gran oferta de materias que tiene hoy la carrera. Lógicamente, todas estas iniciativas se fueron disolviendo por el peso de las inercias institucionales u otros objetivos más urgentes que la reforma del plan debía atender.

Laura Kornfeld [LK]: En mi opinión, uno de los motivos del distanciamiento entre los estudios lingüísticos y los literarios es la creciente especialización de cada disciplina a través de las revistas y, por lo tanto, de sus públicos. En esa especialización de circulación y lectura influye el hecho de que el volumen de lo que se publica hoy es infinitamente mayor que el que existía hace 50 años, por lo que resultaría literalmente imposible estar al tanto de toda esa producción. En paralelo, se produjo una uniformización en torno del “paper” como formato único, o al menos predominante, para la difusión pública de los trabajos de investigación, en desmedro de otros géneros (mucho más relevantes en

otros tiempos), como los ensayos o, incluso, el libro como obra unitaria. El “paper” con doble referato ciego (que se considera el procedimiento deseable en la evaluación en el Conicet y, en menor medida, también en las universidades) encierra más de una trampa para Letras y, en general, para las humanidades, sobre todo cuando se trata de producir nuevo conocimiento genuino en el cruce o la frontera de dos o más disciplinas. En efecto, es altamente probable que un trabajo interdisciplinario, aun si es original o brillante, no atraviese el filtro de los referatos en una revista especializada, puesto que estos suelen hacer reclamos sobre la pertinencia disciplinar y/o sobre la inscripción en una tradición bibliográfica específica. Es muy difícil complacer ese tipo de reclamos si se realizan en simultáneo desde dos (o más) disciplinas, por lo que el trabajo interdisciplinario en cuestión deberá tener bastante suerte para atravesar esas barreras (o morirá en el intento). Por cierto, eso ocurre incluso al intentar publicar trabajos que cruzan subdisciplinas de la lingüística (gramática y análisis del discurso, por ejemplo); como secretaria de redacción de una revista especializada, he comprobado cómo a menudo es preciso forzar los procedimientos estándares si se quieren publicar trabajos interdisciplinarios. Por eso, no creo que se trate de mala voluntad ni de los editores ni de los referees individuales, sino que responde a la lógica del sistema de publicación científica, que, en la búsqueda de estándares de calidad con una economía de esfuerzo, a veces termina desechando muchos trabajos valiosos que no encajan bien en los moldes. No sé si hay una reflexión suficiente sobre cómo afectan este tipo de procedimientos al ejercicio mismo de la investigación académica y que se refieren a un punto tan sensible como la difusión de los resultados de nuestros trabajos.

No considero que hoy haya un distanciamiento cualitativamente muy distinto con respecto al momento en que empecé mis estudios de grado, en los '90 del siglo pasado, o cuando empecé a producir activamente como investigadora, en la primera década del 2000. Supongo que los procesos que menciono en el párrafo anterior ya estaban en marcha y que, en todo caso, desde entonces simplemente se profundizaron en las mismas direcciones en las que venían. Por el contrario, sí advierto con transparencia cómo ha crecido el distanciamiento entre literatura y lingüística si repaso la trayectoria de docentes e investigadorxs de un par de generaciones anteriores a la mía. Por ejemplo, en su momento, me pareció casi inverosímil enterarme de que Ofelia Kovacci (quien fue profesora de Gramática en la UBA durante casi tres décadas) se hubiera doctorado con una tesis sobre Ricardo Güiraldes, tal como narran los *Diarios* de Adolfo Bioy Casares.

Alejandro Raiter [AR]: Me encantaría que lingüística y literatura trabajaran juntas, pero es cierto: los estudios lingüísticos y literarios parecen recorrer caminos no convergentes. Afirmaría que no existen razones naturales, pero el adjetivo *natural* no es adecuado para calificar disciplinas científicas: estas delimitan sus objetos de estudio. Suena como una tonta perogrullada pero aunque el lenguaje, fenómenos lingüísticos y/o asociados al uso lingüístico, sean la materia prima de ambas, no parece ser condición para que recorran juntas el camino.

Creo que todes sabemos que la lingüística no es un campo homogéneo: hay muchas corrientes diferentes, algunas no son compatibles entre sí. No todas prestan atención a usos comunicativos del lenguaje. Cada una sigue su propio camino – diferencias teóricas, de métodos, de criterios de

selección de corpus y hasta de qué considerar un dato lingüístico — sin dialogar con otras, salvo para criticarlas o para directamente negarles legitimidad dentro del campo de los estudios del lenguaje. Por lo tanto, no resultaría pertinente preguntarse por la distancia entre la lingüística como un bloque indiferenciado y la literatura. Considero, entonces, que la pregunta debería reformularse.

Diría que una de las causas más importantes de la divergencia está determinada por el gran esfuerzo que dedicamos los investigadores a profundizar y apoyar los desarrollos teóricos de cada una de las corrientes y de las diferentes escuelas y/o tradiciones de investigación dentro de ellas. Algunas corrientes incluso desmienten lo que acabo de afirmar en cuanto a lo que llamé materia prima ya que no se ocupan del uso del lenguaje.

Quiero señalar también que lo que me había parecido un atajo cuando la conocí en la facultad – la definición de la *lingua* como objeto de estudio de la lingüística – se convirtió en una senda obligada que determinó los desarrollos posteriores. Llamo atajo aquí a la exclusión de algunos fenómenos concurrentes con el uso del lenguaje y con el mismo lenguaje para dedicarse solamente a alguno o algunos de ellos. Esta exclusión era considerada necesaria para realizar un estudio científico

No me costó mucho convencerme de que el *conjunto heteróclito* de fenómenos que componen el lenguaje obligaba a la disciplina a estudiar algunos de esos fenómenos por separado. El estudio de aspectos diferentes del lenguaje —los *niveles lingüísticos*— prometía que la segmentación permitiría una futura integración una vez que avanzara el conocimiento de cada uno de ellos.

La irrupción de las teorías de Chomsky —en mi formación, claro—, los aspecto biológico y mental de la gramática del lenguaje agregaron un importante aspecto que ni siquiera había sido considerado. A partir de allí, estudiar la capacidad biológica que permite el desarrollo lingüístico se separa de sus usos (comunicativo, estético, pensamiento, introspección). El presente de una lengua ya estaba separado de su historia, las manifestaciones de lo considerado constante separado de lo considerado ocasional, personal. Los estudios de la adquisición del lenguaje en la primera infancia también se separaron de sus usos y de las actividades de comprensión y producción, el estudio de las patologías que sufriesen los hablantes se separaron de los estudios de las conductas habituales. La sociolingüística, la etnolingüística, la pragmática, la dialectología crearon sus propios objetos ((parciales) de estudio. La separación entre Lingüística y Filología es total. Siempre soné y sigo soñando que las disciplinas lingüísticas entre sí y de estas con los estudios literarios podrán integrarse pero no parece fácil. El atajo se convirtió en senda permanente o en sendas permanentes y paralelas

Mientras duró la Carrera no sentí esa separación. El viejo Plan de Estudios, de todos modos, no lo permitía: sólo había dos materias: Gramática y Lingüística, que todos debíamos cursar. En la actualidad la separación se produce antes. Cuando comencé la especialización —en esa época se hacía por el sistema de adscripciones para realizar la Tesis de Licenciatura— comenzaron los problemas: Ofelia Kovacci —titular de Gramática— no aceptaba ejemplos o problemas gramaticales sustentados en ejemplos tomados de la literatura, de la poesía en particular, ya que debíamos limitarnos a la *lengua espontánea*. Para mí, muy influido por la lectura de Jakobson, fue un gran golpe. Más tarde

conocí a Érica García quien tenía una hipótesis contraria: eran válidos los ejemplos tomados de la literatura porque eran muestra del uso deliberado de recursos gramaticales.

Andrés Saab [AS]: Creo que la distancia viene desde hace mucho, seguro más de medio siglo. Sin duda, estaban ya distanciados cuando yo comencé mis estudios a mediados de los años noventa. Creo que el distanciamiento tiene motivos diferentes. Por un lado, está el ya lejano declive de los estudios filológicos (sobre lo que no tengo mucho que decir acá) y, por otro, el ocaso del programa saussureano, que alguna vez se pensó como el modelo de *toda* ciencia humana. No solo los estudios literarios se dejaron seducir por esa creencia; muchos psicoanalistas y antropólogos vieron en el *Curso de lingüística general*, y en particular, en la teoría del valor, el punto de partida para una mejor comprensión de sus respectivos objetos de estudio. No se debe desmerecer la importancia de la figura de Roman Jakobson, el gran seductor en esta historia. El punto de mayor apogeo se da en Francia y, en particular, a partir de algunos trabajos de Roland Barthes, que se entusiasmó explícitamente con la idea de que la teoría del valor era la base de la teoría del sentido. Vista la cosa en perspectiva, se entiende que el entusiasmo no haya durado tanto.

El declive del estructuralismo y su pretensión de modelo epistemológico de las ciencias humanas coincidió en la historia con el surgimiento de la teoría chomskiana del lenguaje. Desde el punto de vista epistemológico, Chomsky subvierte el orden epistemológico de manera radical. Como se sabe, casi desde un principio, Chomsky concibió a la lingüística como parte de la psicología cognitiva y, en última instancia, de la biología. El plan de investigación chomskiano dio lugar a debates muy intensos

dentro del mismo campo de la lingüística que, en última instancia, derivaron en diferentes áreas de estudio, desde la gramática formal pura hasta la sociolingüística moderna. Hubo y hay en este marco estudios literarios que usan modelos formales para entender propiedades constructivas del arte verbal (e.g., los trabajos de Nigel Fabb y otros). En este sentido, cabe mencionar el *Literary Universal Project* cuyo objetivo principal queda recogido en la siguiente presentación:

“Modeled on the study of linguistic universals, the Literary Universals Project has two specific purposes. First, it should facilitate access to established work on literary universals, which has otherwise been scattered. Second, it should foster the advancement of further research on literary universals. These specific purposes should in turn contribute to our more general knowledge about literature and, ultimately, our understanding of the human mind and human society.”

[<https://literary-universals.uconn.edu/>]

Sin embargo, este tipo de proyectos no es parte de ningún consenso generalizado en el ámbito de los estudios literarios que, al igual que lo que observé con respecto al campo de la lingüística, parece estar repartido en intereses muy diversos. En mi opinión, lo que se ve en ambos dominios es una suerte de dispersión epistemológica que, creo, fue el resultado del ocaso de los grandes modelos de ciencias humanas en el siglo XX.

Más allá de este esbozo de respuesta a la pregunta, entiendo que, vista la cuestión sin toda la carga histórica que tiene, no hay razones evidentes para que el vínculo entre las dos disciplinas sea demasiado cercano, más allá del auxilio que ciertos saberes gramaticales le puede prestar a ciertas subdisciplinas dentro de los estudios literarios. O sea, es razonable el

distanciamiento y en muchos aspectos, bienvenido. Al fin de cuentas, muchos podrían preguntarse por qué teoría literaria y lingüística deberían dialogar tanto en primer lugar o por qué más que con disciplinas que teorizan sobre problemas de inteligencia artificial, lógica, comunicación, psicología general, sociología, neurociencia, etc.

¿Te interesan los estudios sobre literatura o los ves como algo distante? En caso de que la respuesta sea afirmativa, ¿qué te resulta interesante en los estudios literarios?

NB: Mi trabajo docente de grado en la UBA es actualmente en la orientación en lingüística —en la carrera de Letras— y en semiótica —en Ciencias de la Comunicación—, y en estas áreas también se desarrolló mi formación de posgrado. Ahora bien, por motivos en los que no viene al caso profundizar —tan solo diré que fui “víctima” de la flexibilidad curricular del hoy ya antiguo plan de Letras y de una formación media muy deficitaria—, en mi recorrido como estudiante de la licenciatura completé, casi por accidente, la orientación en teoría literaria. Dicho de otra manera, egresé más familiarizado con el abordaje de textos especulativos y con las prácticas interpretativas que con una reflexión sistemática sobre las dimensiones formales del lenguaje, los métodos experimentales o el trabajo de campo. Parte de este saber conceptual y metodológico lo tuve que reponer después. Hoy sigo bastante interesado en la literatura, pero nada en la crítica y sólo un poco en la teoría literaria. En realidad, me considero un lector ávido de lo que podríamos llamar el discurso teórico, sea que provenga de los estudios literarios, la teoría

política, la psicología, la filosofía, etc. Así pues, no me resulta extraña la experiencia de compartir aún hoy lecturas (Rancière, Jameson, Eagleton, Schaeffer, etc.) con los y las colegas que se dedican a la literatura. A esta conducta le puedo encontrar varias explicaciones de índole personal (el placer que genera desentrañar la dificultad, una curiosidad incompatible con una formación especializada, la necesidad de entender ciertos fenómenos del presente, etc.), pero existe también —por suerte— una razón disciplinar. Enseño e investigo en el campo de los estudios del discurso, espacio epistemológico cuyo estatuto es interdisciplinar. Simplificando bastante la cuestión, esto se debe a que, por un lado, analizar discursos supone articularlos de forma dialéctica con otras dimensiones de “lo social”, lo cual le exige al investigador manejar tanto saberes lingüísticos como de otro orden, según su área de investigación, saberes que llegado el caso pueden pertenecer al campo de lo literario. Por poner solo un ejemplo: participé en investigaciones que tenían como objeto la relación entre lenguaje, discurso e ideología que me obligaron a familiarizarme con otras perspectivas sobre lo ideológico ajenas a las que constituyeron la tradición francófona del análisis del discurso, como las de Ricoeur, Gramsci, Geertz o Žižek, perspectivas que forman parte del cuerpo bibliográfico de los que se dedican a los estudios literarios. Aunque no tiene los mismos fundamentos teóricos y procedimentales, esta operación articuladora no es totalmente ajena a la que tiene lugar en ciertos trabajos de crítica literaria. Por otro lado, existe una dimensión no ya inherente sino instrumental de lo interdisciplinar, que algunos prefieren denominar transdisciplinar. El análisis del discurso puede incorporarse como herramientas dentro de las investigaciones que se desarrollan en el marco de otras disciplinas. Cabría subrayar que estas

dos formas básicas de la interdisciplinariedad no agotan las formas en que pueden converger los campos en cuestión (v. abajo). En mi caso, además, participé en investigaciones y realicé trabajos en análisis sobre narrativas literarias y audiovisuales, es decir, sobre objetos propios de los estudios literarios, aunque llevadas a cabo en el marco de problemáticas discursivas o semióticas, y configurando esas entidades significantes como textos y discursos.

LK: En la actualidad es perfectamente plausible hacer una excelente carrera académica en lingüística sin interesarse en absoluto por la literatura (y a la inversa). Que esto ocurra o no depende de la especialidad concreta dentro de la lingüística y también, claro, de las elecciones y los gustos personales. En mi caso, he tenido distintos acercamientos al estudio de la literatura, tanto desde la gramática (que es mi especialidad) como desde el análisis del discurso o la sociología del lenguaje (en los que incursioné más esporádicamente).

Para centrarme solo en la gramática, creo que el concepto de extrañamiento permite articular reflexiones interesantes acerca del sistema gramatical y su puesta en funcionamiento, tanto en la investigación como en la docencia y la divulgación. Para pensar en esas cuestiones, suelo servirme de la noción de variación estilística, es decir, la variación idiolectal de los escritores (y otros artistas) que hacen un uso intensivo de la función poética del lenguaje. El análisis de ese tipo de variación permite analizar simultáneamente la función poética y la función metalingüística del lenguaje (en el sentido de Jakobson), al poner en tensión las leyes o principios de la gramática “normal” de los

hablantes (algo que, por lo demás, se desprende con bastante literalidad de las ideas del propio Jakobson en “Lingüística y poética”).

En lo que hace a mi investigación personal, que desde hace décadas se refiere a aspectos gramaticales, léxicos y sociolingüísticos del español de la Argentina, he realizado pequeños trabajos (algunos publicados y otros no) sobre literatura argentina o latinoamericana que emplea variedades en contacto o cambio de código entre lenguas (por ejemplo, *Eisejuaz*, de Sara Gallardo; *Xirú*, de Damián Cabrera), así como la emulación de literatura oral o popular (por ejemplo, “El limonero real” de Juan José Saer) o “verdadera” literatura oral o popular (como en la monumental colección de los *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*, de Berta Vidal de Battini).

En cuanto a la docencia, la reflexión sobre las relaciones entre gramática y literatura puede lograrse incluso en una materia muy inicial, como es el caso de Gramática en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Dado que el tema de la variación gramatical es uno de los ejes estructuradores del curso de Gramática (A), la variación estilística aparece como objeto eventual de la ejercitación (sobre todo con autores argentinos: Cortázar, Pizarnik, Gironde, Fogwill, entre otros), además de que el texto clásico de Jakobson se incluye en la introducción del programa de la materia. En los últimos años, por razones meramente prácticas, hemos renunciado a considerar las relaciones entre las funciones poética y metalingüística del lenguaje como un tema evaluable en los parciales presenciales de la materia. Sin embargo, diría que muchos estudiantes disfrutaban trazando puntos de contacto, interacción y verdadero diálogo entre esas dos partes de la carrera que tantas veces se presentan como dissociadas y que

se corresponden con Gramática y Teoría y Análisis Literario en tanto materias iniciales. Por esa causa, a menudo eligen temas que entrecruzan la literatura y la gramática para presentar en la exposición oral en el examen final de la materia.

AR: Claro que me interesan, en particular los análisis, interpretaciones y explicaciones de los usos lingüísticos. La lingüística le debe mucho a los estudios de literatura. Creo que una referencia obligada y conocida es Bajtín y su grupo, pero también, por ejemplo, el trabajo de Fowler, uno de los fundadores de la llamada Lingüística Crítica, *Linguistic Criticism* (1996).

Creo que la lingüística debe recuperar su lugar dentro de la semiótica y, en ese sentido, no limitar sus corpus de análisis. No sólo debería incorporar los estudios literarios y la literatura sino también otras manifestaciones sígnicas (en sentido amplio).

No sería justo responder esta pregunta sin mencionar la influencia que tuvo para mí Jorge Panesi: no todo conocimiento se expresa en una cita bibliográfica

AS: No estoy al tanto del estado de la cuestión actual en los estudios literarios. Con todo, una parte importante de mi trabajo sobre la gramática y el significado de las emociones en las lenguas humanas tiene vínculos con algunas ideas del primer formalismo ruso, el funcionalismo de Roman Jakobson o el momento “estructural” de la semiología de Roland Barthes. También estoy particularmente interesado en teoría de la ideología y con el modo en el que ciertas palabras o construcciones gramaticales reproducen sistemas de creencias arraigados en la cultura de las diferentes comunidades lingüísticas. Hay también un nuevo interés

en teoría gramatical por la función poética del lenguaje. Hay quienes creen, por ejemplo, que el diseño del lenguaje es, en esencia, el de un sistema de representación. El supuesto está muy extendido en distintas tradiciones filosóficas y lingüísticas. Según este supuesto, el lenguaje expresivo o no representacional supone una subversión del orden gramatical canónico. Norbert Corver, por ejemplo, ha extremado la tesis y sugerido que, en sentido estricto, la generación de significado expresivos requiere la desviación de las reglas o principios de la gramática. En un sentido similar, Martina Wiltschko conjetura que cuando uno repasa la tipología de las categorías gramaticales en las lenguas del mundo resulta que no hay categorías gramaticales para las emociones. Yo sugiero un modelo más moderado, según el cual la gramática de las emociones es marcada o no canónica, pero es, sin embargo, enteramente convencional y no supone ningún alejamiento de recursos gramaticales ya conocidos. Dicho de otro modo, mi idea se puede resumir en el eslogan “la expresividad lingüística no es arte verbal”. Desde este punto de vista, tengo una cierta curiosidad por indagar en los límites entre ciertos aspectos de la gramática de la expresividad en, pongamos por caso, el español del Río de la Plata y el uso de recursos gramaticalmente subversivos que sí aparecen en algunas formas de arte verbal (como ejemplo extremo se recordará el spinettiano “el viento se llevó lo que” o quizás también algunos pasajes de Aurora Venturini).

¿Estás al tanto (y/o participás) de proyectos interdisciplinarios de literatura y lingüística? ¿De qué manera se complementan las disciplinas?

NB: Personalmente, creo que en la actualidad cualquier investigación en humanidades o ciencias sociales que pretenda ser relevante debe ser asumida por equipos interdisciplinarios, pero este ya es un tema que excede el marco de este cuestionario. Ahora bien, más arriba me referí a la vocación interdisciplinar de la corriente francófona del análisis del discurso, que está determinada por la noción misma de *discurso* que maneja y va más allá de una simple concepción porosa y no tabicada de las fronteras disciplinares, por lo que de manera bastante “natural” incorpora a su dispositivo conceptual elementos de otras disciplinas, como lo ha hecho, por poner un ejemplo, en las últimas décadas con la retórica.

Durante mucho tiempo formé parte de los proyectos de investigación de la Doctora Narvaja de Arnoux y aún hoy soy docente de la materia de Letras en la que ella ocupa el puesto de titular -cuyo nombre es, justamente, Lingüística Interdisciplinaria-. Así que ya sea por practicarla o enseñarla estoy familiarizado con su visión del análisis del discurso, que en términos metodológicos y conceptuales es muy poco dogmática, por decirlo de alguna manera, lo que propicia que los atravesamientos entre lingüística y literatura puedan ser múltiples y se den en diversos niveles. Menciono solo algunos ejemplos de líneas de investigación interdisciplinarias que han sido promovidas por esta perspectiva, donde el factor interdisciplinar tiene lugar en la dimensión metodológica o en la configuración del objeto de estudio.

En algunos casos, la confluencia de disciplinas tiene lugar porque una investigación en análisis del discurso requiere importar un diseño

metodológico propio de los estudios literarios, como, por caso, el de la crítica genética. Aunque también ese préstamo puede circunscribirse a un plano estrictamente categorial: un término o un plexo nocional acuñado en el seno de los estudios literarios se utiliza como herramienta de análisis para el abordaje de corpus textuales en investigaciones configuradas de acuerdo con los preceptos del análisis del discurso. Ejemplos claros en este sentido son la utilización de la noción bajtiniana de *cronotopo*, de las operaciones transtextuales propuestas por Genette o del aparato de la estilística para analizar discursos políticos.

Otro escenario de contacto e influencia recíproca se da cuando algún aspecto del fenómeno literario es configurado como objeto de indagación para alguna de las ciencias del lenguaje. Muchos analistas han trabajado sobre la dimensión discursiva de lo literario, ya sea con instrumentos gestados en su campo (los trabajos de Maingueneau son también ilustrativos al respecto) o en la línea de las narratologías clásicas. O bien puede suceder que incorporan un fenómeno literario solo como un aspecto parcial dentro de una investigación más amplia: el estudio de una variedad y su literatura por parte de indagaciones etnolingüísticas, por ejemplo. Otro caso es el de las líneas de investigación e intervención que tienen como tema el cruce entre educación y procesos de lectura y escritura. Allí por lo general se indaga el desempeño de la escritura y la lectura literarias en las prácticas formativas en los diversos niveles y áreas de la educación.

LK: En este momento, no participo (ni estoy al tanto) de proyectos interdisciplinarios de literatura y lingüística. Creo que eso se debe, en buena parte, al perfil de la institución en la que me desempeño

actualmente como docente, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ella, la organización rígida en cátedras no estimula, en general, el diálogo interdisciplinario habitual, ni siquiera entre subdisciplinas próximas (aunque este puede darse igual, ocasionalmente, como en las relaciones que establecemos con la literatura en Gramática A).

Sin embargo, no ocurre lo mismo en la Universidad de General Sarmiento, donde trabajé durante más de diez años. La UNGS tiene una organización mucho más flexible de los equipos de docencia e investigación, una orientación decidida hacia la formación de docentes de nivel secundario para su carrera de Profesorado de Lengua y Literatura y además se estimulan institucionalmente la docencia, la investigación y el diálogo interdisciplinarios. En esa universidad dirigí dos proyectos de investigación sucesivos, durante seis años, sobre el español de la Argentina y sus variedades. Ambos se definirían globalmente como proyectos en lingüística por mi propio campo de especialidad, por tener una mayoría de objetivos e hipótesis ligados a diversas subdisciplinas de la lingüística (incluyendo gramática, léxico, análisis de discurso y sociología del lenguaje) y por haber sido evaluado por lingüistas; sin embargo, los dos incluían líneas de investigación y objetivos específicos en relación con la literatura y participaban también investigadores de ese campo. En torno a esos proyectos, organicé en la UNGS (y dirigí durante varios años) el Museo de la Lengua, un proyecto de divulgación compartido con la Biblioteca Nacional (encabezada entonces por Horacio González y con María Pía López como directora del Museo del Libro y de la Lengua). Desde el proyecto de divulgación del Museo de la Lengua, resultaba evidente que hay una fluidez necesaria en los temas de

lingüística y literatura, sobre todo si se hace hincapié en la situación de las lenguas en la Argentina y en el cruce entre una lengua y una literatura nacional.

Al mismo tiempo, en la UNGS armé desde cero el programa y me hice cargo bastante tiempo de una materia que funcionaba como cruce de tres carreras diferentes (Cultura, Comunicación y Profesorado de Lengua y Literatura), llamada, precisamente, Lenguaje, Cultura y Comunicación Escrita, donde enseñábamos tópicos de la lingüística que pueden ser relevantes simultáneamente para las tres carreras (análisis de discurso, sociología del lenguaje, sociolingüística), aplicados a materiales diversos que incluían crónicas periodísticas, cuentos, documentales, traducciones de películas y de programas televisivos, etc. Como parte de esa materia y del proyecto del Museo de la Lengua coordiné un libro donde participaban investigadores con múltiples miradas (desde la lingüística, la literatura y la sociología principalmente) en relación con la lengua. Para la misma época, elaboré materiales sobre los cruces entre literatura y lingüística, no solo para las distintas materias de grado que me tocó coordinar, sino también para profesores de nivel secundario, que se difundieron a través del Museo de la Lengua y de cursos de extensión.

Todas estas actividades interdisciplinarias de investigación, docencia y extensión fueron posibles básicamente gracias al apoyo y el estímulo institucional. A partir de esa experiencia personal, concluyo que el perfil de las instituciones influye significativamente en la posibilidad de encarar iniciativas interdisciplinarias de distinta clase. Por supuesto, no quiero decir que sea imposible llevar a cabo estas actividades por encima (o a pesar) de las instituciones, pero sí que se vuelve mucho más dificultoso

hacerlo, sobre todo si el objeto central del proyecto individual de investigación no es en sí interdisciplinario, sino que se trata de una línea secundaria o complementaria (como es mi caso).

AR: Para mostrar mi absoluta inconsecuencia, la verdad que no. Como dije antes, son caminos que no se encuentran o yo no pude encontrar el camino. Investigo como lingüista, leo literatura y leo crítica como lector ingenuo. No tuve y no tengo la menor idea de cómo resolver esta separación

AS: No, no participo de ningún proyecto de este tipo de manera personal. Mi equipo de trabajo es, de hecho, un grupo interdisciplinario que convoca lingüistas y filósofos del lenguaje (para información sobre nuestra conformación, objetivos y actividades, véase <https://talk-group.org/>). Varios miembros del equipo participan paralelamente en proyectos de filosofía de la ficción, pero, notablemente, no hay lingüistas en tales proyectos, que, por lo demás, no incluyen problemáticas lingüísticas relevantes.

Probablemente el área donde la conexión entre literatura y lingüística es más visible es en el campo de la educación secundaria e inicial, donde (más allá de los cambios de denominación de las asignaturas) “lengua y literatura” siguen funcionando como un combo en la mayor parte de los casos. ¿Considerás que esta asociación es adecuada o debería revisarse en relación con el estado actual de las disciplinas?

NB: Ante todo, debo aclarar que no cursé ningún tipo de profesorado y que mi experiencia como docente fuera del nivel superior, si bien fue

prolongada, no estuvo impulsada por nada parecido a una “vocación”, por lo que la reflexión sobre las instituciones en las que me desempeñaba, las estructuras curriculares y mi propia práctica fue a menudo más bien pobre. Mi contacto con las problemáticas que surgen de enseñar “lengua y literatura” en la escuela media provienen de los intercambios, en su mayoría informales, con colegas y estudiantes universitarios que sí trabajan en ese nivel. Por lo tanto, no tengo elementos suficientes para dar una respuesta concluyente. Me permito, no obstante, dar cuenta de algunos indicadores que argumentan a favor de revisar la conveniencia de mantener ese combo, sino en todo el trayecto al menos en el tramo final de la escuela media.

Intuyo que la conjunción “Lengua y literatura” se sostuvo hasta hoy por las inercias de las políticas educativas, el respeto a las tradiciones filológicas y/o la pereza a reflexionar frente a la evidencia incontestable de que ambas disciplinas comparten dimensiones centrales del fenómeno comparten, el lenguaje. Ahora bien, si los términos en cuestión y su vínculo son percibido en la actualidad con cierta extrañeza o sospecha parece ser no solo por los resultados de un proceso de hiperespecialización disciplinar, que ha hecho proliferar la cantidad de objetos abordados en cada uno de esos campos, sino también por los nuevos fenómenos sociales que podrían estar subsumidos bajo esos términos, “Lengua” y “Literatura”, y ser objeto de enseñanza en el nivel medio.

Del lado de las ciencias del lenguaje, es evidente que aparecen dificultades a la hora de tramitar en términos pedagógico la emergencia, consolidación e hipertrofia de nuevas subdisciplinas y corrientes.

Experimenté como estudiante y como docente de media un zigzag constante entre una priorización de contenidos basados en los niveles de análisis lingüísticos tradicionales y de aquellos que surgían de enfoques textuales, comunicativos y discursivos. Entiendo que esta desorientación es imputable en gran medida a las políticas educativas jurisdiccionales, pero me inclino a pensar que también se debe a que la didáctica específica de la lengua no parece ser un campo lo suficientemente consolidado en el nivel superior universitario. O sea, no es solo una cuestión de qué enseñar, sino de cómo enseñarlo. En lo personal, no considero que las ciencias del lenguaje deban compartir espacio curricular *exclusivamente* con los estudios literarios. Más bien creo que deben ser parte de zonas de aprendizaje flexibles, donde se articulen, a través de proyectos, con contenidos de otras disciplinas (proyectos que, por ejemplo, hagan confluir saberes de la sociolingüística y la literatura, de la lingüística computacional y la informática, del análisis crítico de los discursos sociales y la formación ética y ciudadana, etc.).

Del lado de los estudios literarios, el estado actual de la mediatización, en el que todas las prácticas sociales tienen lugar dentro de un entorno mediático complejo, hace tiempo que empujó las distintas manifestaciones de lo literario más allá de las fronteras de la cultura gráfica. Vale decir, ya no se trata de incorporar a la currícula las transposiciones o las puestas en escena, algo que de modo planificado o no se viene dando hace tiempo, sino de acoger fenómenos artísticos y estéticos que ya no se pueden pensar como marginales, que se gestan en un ecosistema dinámico en donde convergen “nuevos” dispositivos, géneros y soportes, que otorga múltiples posibilidades para combinar y experimentar con diversos lenguajes. Aquí los ejemplos más obvios son

los que se dan en los espacios de las narrativas transmedia, los *games studies* o los estudios de performance –ejemplos que además indican, dicho sea de paso, el peso que tienen hoy lenguajes audiovisuales en la producción y consumo culturales.

LK: Creo que se puede lograr una asociación virtuosa entre lengua y literatura en distintos niveles educativos y de hecho, como señalé antes, en lo personal he tratado de explorar esa asociación como investigadora y como docente en el grado, en el posgrado y en la extensión universitaria. Dado que en la Argentina (y en muchos otros países) lingüística y literatura son una única materia en los niveles de la enseñanza primaria y secundaria, estoy convencida de que sería plausible, desde un punto de vista teórico, entrecruzar ambas disciplinas en forma creativa e interesante, para beneficio de ambas, en interacciones análogas a las que mencioné previamente (en los puntos 2 y 3) como parte de mi experiencia personalísima.

No encuentro, sin embargo, que en la práctica siempre sea virtuosa la manera en que las dos disciplinas se interrelacionan en el nivel secundario o en el superior. En general, al elaborar los planes de estudio se asume que el mayor interés por la literatura por parte de los estudiantes de los profesados terciarios o universitarios legitima el soslayar una formación sistemática en lingüística (que es, adicionalmente, muy difícil de reponer de manera informal, por medio de lecturas autónomas). De este modo, la formación de profesores queda lejos de estar balanceada entre ambas disciplinas, algo que es particularmente visible en las dos únicas materias obligatorias de lingüística que tiene actualmente la carrera de Letras en la UBA (no así

en la UNGS, por ejemplo, con mucho más equilibrio entre literatura y lingüística por su orientación transparente hacia la formación de profesores, justamente). Este desequilibrio en la formación superior se refleja, a su vez, en las clases que reciben los estudiantes en el nivel secundario, olvidando el hecho de que la significativa carga horaria de la materia en ese nivel se justifica no tanto por la literatura, sino porque el dominio de la lengua (particularmente de la lengua escrita) y la capacidad de reflexión metalingüística son habilidades imprescindibles que debe proporcionar una educación formal, y así se las reconoce en el mundo, más allá de la variabilidad de los sistemas educativos. De todos modos, estas cavilaciones pueden remitirnos a discusiones mucho más generales sobre la educación argentina que no sé si serán interesantes aquí y ahora. Factores como la falta de acuerdos esenciales sobre los contenidos y las habilidades relevantes, así como cierta disposición anárquica de las decisiones de profesores individuales, escuelas, distritos o provincias (Ley Federal de los '90 mediante), trascienden en mucho las relaciones entre literatura y lingüística.

Debo notar, por lo demás, que también sería perfectamente factible separar las dos disciplinas en la universidad (y otras instituciones terciarias consagradas a la formación de formadores) y en la escuela secundaria, como de hecho ocurre en Uruguay, por recurrir a un caso cercano. Es fácil comprobar (por ejemplo, al dar cursos de posgrado en ese país) que el conocimiento general de los docentes de nivel secundario sobre lingüística es notablemente más sólido que en la Argentina; también obtienen resultados considerablemente mejores en las habilidades de lectura o escritura en las pruebas internacionales (como PISA). Pero, como esto último ocurre también en matemática, no

me atrevería a afirmar que tal diferencia de rendimiento se deba efectivamente a la separación de las dos disciplinas, sino a condiciones más generales que afectan a la educación en cada país, como señalé de soslayo en el párrafo anterior.

AR: Por supuesto que el problema de la educación es mucho más amplio que el de nuestras disciplinas. Sería mucho más interesante pensar en objetivos a lograr antes que en contenidos disciplinares. Digo esto porque la llamada *actualización de contenidos* realizada en los años 90 – en particular en Lengua y en Literatura – no obtuvo los resultados esperados

No creo que la escuela secundaria deba incorporar de modo acrítico los desarrollos en el campo de la Teoría y Crítica literarias o de la Lingüística, así como no creí ni creo que el Plan de la Carrera de Letras deba adecuarse a los planes de estudio de la escuela secundaria. Por otro lado, en mi experiencia, en la escuela, los temas de literatura y los de gramática y lingüística se mantienen separados, aún bajo la responsabilidad de un mismo docente. Debemos pensar por un lado la escuela secundaria con sus objetivos y por otro que significaría enseñar lengua —que no es sinónimo de enseñar gramática y lingüística— y qué literatura.

AS: Nunca me dediqué a la educación primaria y media, así que mi opinión acá no tiene más fundamento que el del interés personal. Por mi experiencia, veo una crisis grande en el modelo de “lengua y literatura”, en particular, en la parte de lengua. En las escuelas normales, el modelo era una cosa más bien ecléctica entre los aportes de los funcionalistas y los formalistas, todos de la escuela saussureana, más algo de la vieja tradición filológica. Por ejemplo, el término “lengua” o “castellano” debe

leerse o bien en clave saussureana (el análisis de las funciones sintácticas) o bien en clave filológica (la indagación cultural sobre la lengua). Todo mezclado con mucho normativismo. No sé cuánto se desarrolla en clase de esas claves. Mi experiencia personal (bueno, la de mis hijos) es que no se hace ni una cosa ni la otra. Para muchos, y es así ya en varios programas, no se trata ya de “lengua” o “castellano” sino de “prácticas del lenguaje”, lo que supone una subversión importante de los modelos normales clásicos. En cualquier caso, noto una gran dispersión de los contenidos y un cierto desconocimiento de la ciencia lingüística actual. En el peor de los casos, se nota mucho sesgo antigramatical. No deja de sorprenderme que la propiedad humana más característica, la gramática, sea víctima de un cierto desprecio. En este sentido, las escuelas normales pueden generar cierta nostalgia, dado el estado actual de las cosas, pero no estoy muy seguro de si lengua y literatura deberían estar juntas o no. Probablemente, no. Vería como más provechoso largas horas dedicadas a la literatura en disciplinas especializadas en diferentes áreas de la teoría literaria o de la literatura (narratología, historia literaria, literatura argentina, etc.), por un lado, y luego disciplinas dedicadas al estudio del lenguaje humano y sus conexiones con la biología, la psicología, la comunicación o la inteligencia artificial. En algunos espacios, lenguaje y literatura deberían conectarse naturalmente, pero sin la carga filológica o normativa que había en los modelos normales.

¿Crees que los estudios lingüísticos perdieron algo al alejarse de los estudios literarios y viceversa? Si la respuesta es sí, ¿qué?

NB: Nuevamente: es algo problemático medir esa distancia en términos tan generales. Existen áreas disciplinares de la lingüística que no tienen contacto con los estudios literarios, pero otras están evidentemente más cerca, como lo comenté arriba. Digamos, por nombrar solo algunas, que no es igual el panorama en la neurolingüística que en la glotopolítica. Hace un poco más de 50 años, Antoine Culioli, un lingüista francés con cierto reconocimiento, se preguntaba cuál puede ser el lugar de la lingüística en el análisis literario.¹ En su respuesta menciona aspectos como los estudios enunciativos, los de léxico o la reflexión sobre la norma y el desvío. Lo interesante es que no desaprovecha la oportunidad para recriminarle a los críticos literarios de su época –Bachelard, Richard, Auerbach, Frye, etc.— carecer de una posición científicamente elaborada sobre el metalenguaje que utilizan, la construcción de sus objetos y las investigaciones interdisciplinarias. Por supuesto que este reproche es bastante injusto, pero sirve para preguntarnos si, más allá de su vínculo dentro de la tradición filológica, los estudios literarios y lingüísticos modernos alguna vez estuvieron pacíficamente cerca.

En el plano formativo, la tendencia es que —como señalé más arriba— las Universidades argentinas todavía se esfuerzan en sostener cierta proximidad entre ambos espacios, al menos se los piensa como complementarios en una instancia de formación básica, por lo que ese distanciamiento es en este punto bastante relativo. ¿En el plano de la investigación, se perdió algo con el incremento de la distancia y la complejización interna de ambos campos? Al respecto, solo puedo decir obviedades. Parado del lado de la lingüística –para ser más preciso, de

¹ “Un lingüista ante la crítica literaria”, en Culioli, A. (2010) *Escritos*. Buenos Aires: Santiago Arcos, pp. 207-230.

los estudios del discurso-, y planteado esto en términos extremadamente generales, supongo que los estudios literarios que le den la espalda a las ciencias del lenguaje dejan de lado un repertorio de instrumentos conceptuales que le permiten analizar aspectos de nivel micro del funcionamiento lingüístico; a la inversa, si los lingüistas no tienen contacto con las formas de reflexión sobre fenómenos artísticos y culturales que se dan en el campo de los estudios literarios, se arriesgan a perder contacto con los mecanismos de articulación entre práctica analítica y producción teórica, necesarios a menudo para impulsar un campo de conocimiento. De todos modos, insisto sobre lo que dije más arriba: frente a un escenario concreto de investigación todo es recuperable si se organizan proyectos interdisciplinarios colectivos.

LK: Como todo proceso histórico-social-económico-cultural, la creciente especialización en las disciplinas académicas (que quizás sea una tendencia universal e irreversible, dado el actual estado de las cosas en el mundo) tiene consecuencias positivas y negativas. Seguramente ha permitido el surgimiento de nuevos e interesantes campos de investigación, que eran inimaginables hace 50 años. Sin embargo, no estoy muy convencida de que el proceso de especialización sea totalmente positivo para las humanidades, como indiqué en mis respuestas al comienzo de este cuestionario. Si bien es fundamental contar con una formación sólida en un determinado campo temático (lo cual implica inevitablemente tener una especialización), también me parece importante “poner la cabeza” cada tanto en problemas más generales o inusuales (y en lo personal trato de hacerlo cada vez que puedo, aun si el sistema académico / universitario no lo favorece demasiado).

En el caso de la lingüística, como sugerí antes, alejarse de la literatura implica perder la posibilidad de aplicar sus herramientas teóricas en un objeto privilegiado para experimentar con ciertos problemas lingüísticos (tanto gramaticales como sociolingüísticos). Además, se ha privado de variar los géneros discursivos en que comunica los resultados de sus investigaciones y con ello ha renunciado a la experimentación con el estilo, porque se concibe la escritura únicamente en el formato del “paper” que se publica en revistas científicas.

Mi perspectiva es, ciertamente, mucho más tentativa en lo que hace a las consecuencias del distanciamiento para la literatura. Me atrevería a aventurar que, quizás, con el alejamiento de la lingüística la literatura ha visto disminuida su capacidad de llevar a cabo análisis minuciosos sobre el estilo de los escritores o sobre la forma de ciertas obras literarias. Me refiero más que nada al estudio de la literatura moderna o contemporánea, no tanto al de la literatura antigua o medieval, donde suelen preservarse conocimientos y prácticas ligados con la tradición filológica, mucho más afín a una disciplina unitaria e integrada.

AR: Hecha la salvedad de la existencia de corrientes muy diferentes dentro de la lingüística, mi respuesta sería afirmativa. Trabajamos con discurso político, periodístico, institucional, etc. Y no con literatura. De este modo nos perdemos de atender, analizar y explicar lo que sospecho sería una impresionante muestra de recursos, intenciones, realizaciones y demás. Por otro lado, nos hemos condenado a trabajar siempre en un presente inmediato y (parcialmente) idealizado.

AS: Por lo que argumenté anteriormente, diría que no, pero se entiende que algunos (y me incluyo) sintamos cierta nostalgia de la conexión

lingüística/teoría literaria. Creo que la razón es que ciertos momentos en que estudios literarios y lingüística convergieron en intereses comunes coincidieron con el momento en que las ciencias humanas estaban más inmaduras, recién empezando a formular nuevos manifiestos o programas de investigación. Yo no dejo de admirar esos manifiestos o programas, pero el camino recorrido y la madurez alcanzada tanto en lingüística como en literatura pone bajo sospecha que haya realmente un proyecto general común, aunque existan desarrollos particulares sobre problemáticas específicas que resultan fascinantes (e.g, el proyecto de los universales literarios ya mencionado).